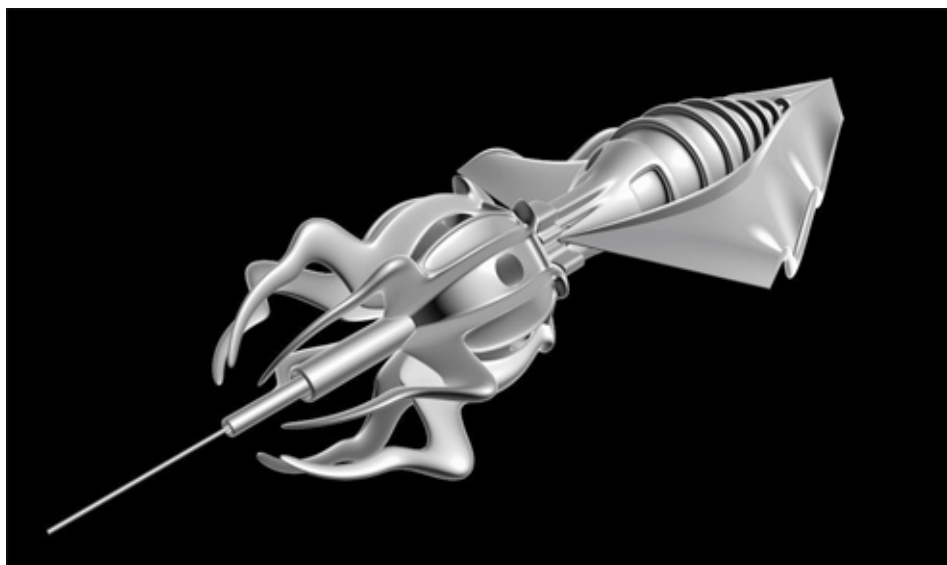


Conectados en la nube

José Gordon



Nanobot

“Vamos a ser más divertidos. Vamos a ser más atractivos sexualmente. Vamos a ser mejores al expresar nuestros sentimientos amorosos”. Este listado de deseos, que parecen surgir de algún dudoso libro de superación personal, fue formulado recientemente por el futurista e inventor Ray Kurzweil al planear cómo piensa que funcionarán nuestros cerebros cuando tengan implantes de diminutos robots (nanobots).

El escenario está situado alrededor de 2030. De acuerdo con el experto en inteligencia artificial, lejos de lo que nos dice la ciencia ficción sobre entornos que nos convertirán en una especie deshumanizada y emocionalmente fría, vincular nuestros cerebros a Internet nos llevará al desarrollo de una mayor individualidad.

En la visión de Kurzweil, dentro de 15 años nuestros cerebros podrán conectarse a “la nube”. Eso permitirá enviar correos y fotos que serán procesadas directamente en nuestras neuronas. Podremos también respaldar nuestros pensamientos y memorias. La clave para lograr esta hazaña será

la nanotecnología. Kurzweil imagina que mediante nanobots hechos con cadenas de ADN que floten en las áreas capilares en el cerebro, aumentaremos nuestras capacidades para procesar información.

Con la pequeña ayuda de estos biochips no tan sólo aumentará la inteligencia lógica sino también la inteligencia emocional. Dice Kurzweil: “Vamos a añadir más niveles a la jerarquía de los módulos del cerebro y con ello vamos a crear niveles más profundos de expresión”. El futurista pone un ejemplo. Nos pide que imaginemos que viene a saludarnos una persona que consideramos muy inteligente. ¿Qué vamos a decirle? Queremos sorprenderlo con nuestra agudeza; sin embargo, nuestros 300 millones de módulos cerebrales se quedan cortos. Necesitamos mil millones de módulos en dos segundos. La solución: tener acceso a ello mediante “la nube”, de la misma manera en que podemos multiplicar nuestra información miles de veces con la ayuda de los celulares “inteligentes”.

Kurzweil dice que esto, más allá de lo que solemos pensar, constituye un salto hacia la diferenciación: “Hasta hoy en día, todos tenemos una arquitectura muy similar de pensamiento. Cuando podamos expandirla sin las limitaciones del recinto (cerebral) fijo, podremos realmente ser mucho más diferentes”.

Los críticos de Kurzweil piensan que todavía hay muchos obstáculos para alcanzar esta visión: ¿cuál va a ser la fuente de poder de los nanobots? ¿Cómo se evitará que las células ataquen a los cuerpos invasores? ¿Cómo impedir que se dañen las proteínas y azúcares en los espacios diminutos entre las células cerebrales?

Mientras tanto, en una escala más burda, actualmente DARPA, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa en Estados Unidos, está desarrollando un proyecto para implantar un módem cortical en el cerebro —del tamaño de un par de monedas—, cuyo propósito es inyectar imágenes a la corteza visual, directamente desde Internet.

Lo cierto es que el paso aún más avanzado de crear nanobots cerebrales despierta ya la imaginación de muchas mentes. Nicholas Negroponte, fundador de MIT Media Lab, sueña con el aprendizaje del futuro. ¿Se podría aprender una lengua extranjera al descargar esa información en la corriente sanguínea de nuestras células cerebrales? Por su parte, el ingeniero mecánico James Friend sueña con nanotecnología médica: ¿se podría prevenir de esta manera ataques epilépticos?

Inevitable pensar también en las pesadillas: ¿qué pasa si nos hackean el cerebro? Estar en la nube ciertamente tiene sus riesgos, pero también abre el horizonte asociado a los sueños. **U**